



Brillante espejo de bruñida plata es tu alba frente encantadora y pura, donde tu alma bendita se retrata pues no hay mancha que empañe su tesura.

Allí se leen los castos pensamientos que ocuparon tu mente, Madre amada, y que fueron en todos los momentos compañeros de tu alma inmaculada.

Cándido lirio de pureza lleno del Edén celestial mística rosa blanca azucena del jardín ameno ¿Quién te podrá ensalzar, si eres grandiosa?

Si nadie puede ver tu faz divina, sin quedar mudo, absorto, deslumbrado, pues tu casta belleza peregrina a los ángeles mismos ha asombrado.

Si el que miró un destello solamente de tu poder, de tu grandeza y gloria.

Quedó mudo de asombro, y reverente se prosternó ante ti, dice la historia.

¿Qué diré en tu loor, oh Reina mía? diré, que aunque no he visto tus encantos te admiro, te amo, sin igual María, Emperatriz del cielo de los santos.

Que tapicen tus hijos tus altares con pétalos purísimos de flores, que hoy te ofrezcan gardenias a millares salpicadas con lágrimas de amores.

Que te alaben, la hermosa primavera, los sazonados frutos del estío el otoño y su rica sementera, y las escarchas del invierno frío.

El océano con toda su grandeza y sus olas de espuma coronadas, el firmamento azul con su belleza y sus hermosas nubes irisadas.

La luna, el sol, y las plantas todas, a tus plantas estén, su Reina eres, y rindan homenajes de mil modos a la pura entre todas las mujeres.

A la Niña, sencilla y candorosa a la humilde doncella encantadora a la Madre purísima, amorosa a la Virgen sublime, inmaculada.

Al torrente de luz que desde el cielo baña al mundo infeliz, y lo ilumina, y con ese fulgor le da consuelo al que por sendas ásperas camina.

M